

las de noble alcurnia. Esta era doña Juana de Zúñiga, y la ceremonia del casamiento fué tan brillante que muchos aseguraban que jamás se había verificado en España boda tan pomposa. El dote que ofreció Cortés á su joven consorte era tan valioso que llegó á causar envidia á la emperatriz Isabel.

Cansado de la vida tranquila volvió Cortés, en la primavera de 1530, al campo de sus hazañas, á Nueva España. Algunos años vivió en sus dilatadas y ricas posesiones ocupándose en la ejecución de un contrato celebrado con la Corona de España, que le dió plenos poderes para hacer durante una serie de años viajes de exploración por el mar del Sur, y de cuyos beneficios le correspondía una parte determinada.

En el año de 1527, antes de emprender su viaje á Europa, había enviado algunos barcos desde el puerto de Zacatula á las Molucas. Estos barcos, que iban á las órdenes de Alvaro de Saavedra, habían logrado llegar al punto de su destino, pero perdiendo muchos de sus tripulantes. Las tentativas hechas para volver á México fracasaron; Saavedra murió, se perdieron algunos barcos, y el último que quedaba tuvo que volverse á las Molucas, donde cayó en manos de los portugueses.

El año de 1532 aparejó Cortés dos barcos en el puerto de Acapulco, destinados á explorar únicamente las costas del mar del Sur. El mando de esta expedición se lo confió á su primo Diego Hurtado de Mendoza, el cual salió de dicho puerto en el mes de mayo para dirigirse á lo largo de la costa en dirección Noroeste. Después de haber descubierto el grupo de islas llamadas Las tres Marías, penetraron hasta el golfo de California, donde se separaron los barcos. Uno de éstos naufragó poco después, y sólo algunos de sus tripulantes salvaron la vida. El otro, mandado por Hurtado de Mendoza, desapareció y no volvió á saberse nada de él.

Para buscar los perdidos barcos envió Cortés el año de 1533 otras dos carabelas, que ya en la primera noche se separaron la una de la otra á causa de una tempestad. Una de ellas fué empujada á gran distancia, llegando al fin á una isla inhabitada situada á los 19° de latitud Norte y 111° de longitud Oeste, á la que dieron el nombre de Santo Tomás, y que es conocida hoy con el del Socorro. Después de haber tomado posesión de algunas islas vecinas, volvió el barco á la costa del continente, entrando en enero de 1534 en el puerto de Zacatula.

En la segunda carabela tuvo lugar, poco después de la separación, un motín en el que fué muerto el capitán Diego Becerra. La tripulación prosiguió su viaje y descubrió la península de Baja California. La tomaron por una isla y le dieron el nombre de Santa Cruz. Por todas partes se les mostraban crueles y salvajes los habitantes, siendo asesinados por ellos, en la bahía de la Paz, el timonel Fortún Jiménez y veinte mari-

neros. El resto de la tripulación llegó, después de muchas privaciones, al puerto de Chamatla, contando maravillas de la riqueza en perlas del país descubierto.

A pesar de los desastres que sufrieron estas expediciones no se desanimó Cortés, y hasta se decidió á emprender en persona una travesía á Santa Cruz, y, si era posible, fundar allí una colonia.

En cuanto fué conocido su proyecto asociáronse á él gran número de caballeros, haciéndose á la vela el día 15 de abril de 1535 con 320 hombres y tres barcos. El 3 de mayo llegaron á la bahía de la Paz, pero todas las tentativas que hicieron para establecerse en ella fracasaron, por ser el país sumamente estéril y no poderse proporcionar víveres. De las embarcaciones enviadas por Cortés para transportar hasta allí á las mujeres y víveres encallaron dos, y sólo una pudo llegar á su destino. Es verdad que lograron poner á flote los barcos encallados y salvar el cargamento; pero esto no evitó la decadencia de la colonia. Para no tener siempre ante la vista aquella situación calamitosa, emprendió Cortés una travesía por el golfo de California, con lo cual se descubrieron 50 leguas más de la península. A su vuelta á la bahía de la Paz vióse obligado á volver á México, á causa de las noticias recibidas de aquel punto, llegando al puerto de Acapulco á principios del año de 1537.

Una última expedición envió Cortés al año siguiente á las órdenes de Francisco Ulloa, pero también ésta fué perseguida por la desgracia. De los tres barcos que abandonaron el puerto de Acapulco el 8 de julio de 1538, fué á pique al poco tiempo uno de ellos; los otros dos, encargados de buscar al desaparecido Hurtado de Mendoza, timonearon por espacio de siete meses costearo la península de Baja California sin hallar huella alguna. Ulloa penetró en el golfo del mismo nombre, que fué llamado algún tiempo Mar de Cortés, y más tarde Mar Rojo del Nuevo Mundo, hasta llegar al extremo Norte del mismo, y volviendo á lo largo de la costa oriental de la península hasta el cabo Sur de dicha costa, para después de circundarle emprender la dirección Norte, á lo largo de la costa occidental.

Quedó inservible uno de los barcos, y entonces lo envió á Acapulco juntamente con la relación de sus descubrimientos, mientras él proseguía la exploración. Pero lo mismo que Hurtado, no volvió y quedó para siempre ignorada la suerte que le cupo. Cortés había empleado sumas enormes en estas travesías; pero esto no obstante no escaseó las tentativas de aumentar sus descubrimientos, y ya tenía preparados cinco barcos, que había puesto á las órdenes de su hijo Luis, cuando el virrey Mendoza quiso disputarle el derecho de hacer descubrimientos en aquellas comarcas y retuvo violentamente los barcos.

Cortés escribió á la Corte de España reclamando; pero como á esta cuestión se unieran con el tiempo otras, se decidió el conquistador á ir en persona á España para defender sus derechos. Llegó á ella el año de 1540, y aunque fué recibido con todos los honores debidos á su rango, sus asuntos no llegaban nunca á decidirse, alargándose indefinidamente las negociaciones.

Esperando siempre que se resolvieran á su favor las diferencias que existían, permaneció algunos años en su patria, tomando parte en 1541 en la campaña contra Argel; y como ésta terminara desgraciadamente, se ofreció á llevar á mejor término la expedición si le ayudaban con un ejército. Su ofrecimiento no fué atendido, cosa que le disgustó de tal manera que desde entonces fué alejándose paulatinamente de la Corte. En febrero del año de 1544 dirigió su última carta al emperador, rogándole que diera al Consejo de Indias la orden de acelerar el despacho de sus asuntos. «Yo esperaba siempre, dice el cansado conquistador, que los trabajos de la juventud me asegurarían una pacífica y desahogada vejez. Cuarenta años de mi vida los pasé casi sin dormir, mal alimentado y con las armas en la mano. Mi persona la expuse sin vacilar á todos los peligros, sacrifiqué mi hacienda á la investigación de regiones desconocidas para extender el nombre de mi glorioso Soberano cada vez más y someter poderosas naciones á su cetro. Todo esto lo he hecho sin apoyo de la patria y teniendo que salvar miles de obstáculos, arrojados en mi camino por los adversarios ávidos de mi sangre. Ahora soy viejo, me siento débil y estoy empeñado. Mejor hubiera sido si en vez de tomarme tantos trabajos me hubiese dedicado á administrar mi hacienda, pues no tendría ahora necesidad de luchar contra los empleados de la Corona, de los cuales me es más difícil defenderme que contra los enemigos de los países por mí conquistados (1).»

Casi ninguna impresión hicieron estas palabras en el ánimo del emperador; y como Cortés viera que sus asuntos no se resolvían, disgustóse en tan alto grado que se decidió á abandonar otra vez su patria y volver á Nueva España.

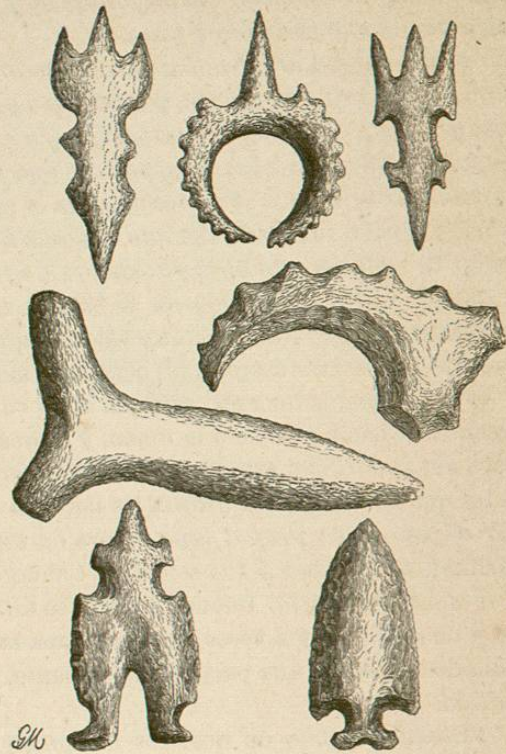
Ocupado en los preparativos del viaje sorprendióle en Sevilla una enfermedad que minó rápidamente sus fuerzas. Para sustraerse á importunas visitas retiróse á Castilleja de la Cuesta, en los alrededores de aquella ciudad, y allí tomó sus últimas disposiciones. El que había abierto tantas heridas quería también cicatrizarlas, y destinó, además de otras mandas benéficas, una importante suma á la fundación y manteni-

(1) Esta carta ha sido publicada íntegra en la obra de Prescott: *History of the Conquest of Mexico*, tomo II, apéndice.

miento del Hospital de la Purísima Concepción de Jesús, que aún existe en México.

Nombrando heredero universal á su hijo natural don Martín, habido, como recordarán nuestros lectores, con la india Marina, falleció Hernán Cortés el 2 de diciembre

de 1547 á los 62 años de edad. Sus restos mortales, que habían sido depositados interinamente en el panteón del duque de Medinasiona, fueron transportados á Nueva España el año de 1562 y enterrados en el convento de San Francisco de Tezcoco; pero en 1629 trasladáronlos á la iglesia de Franciscanos de la ciudad de México. Tampoco allí habían de hallar reposo duradero, pues en 1794 fueron llevados á la iglesia del Hospital fundado por él, y en 1823, cuando el pueblo de México, en su odio contra los españoles, quiso destruir el sepulcro del conquistador, fueron transportados secreta-



Antiguas armas de pedernal y utensilios de Guatemala (Existentes en el Museo Etnográfico de Berlín)

mente á Palermo, donde se hallan en la actualidad, en las posesiones del duque de Terra Nuova Monteleone, último descendiente del héroe español. Si queremos formarnos una idea del carácter del conquistador tenemos que recordar las palabras con que Bernal Díaz del Castillo, el asiduo compañero de Cortés durante la conquista, describe su personalidad. Dice así:

«Toda su persona, continente, modo de andar, maneras y elegancia, denotaban al hombre bien nacido y de clase. Vestíase siempre con arreglo á la moda, sencillamente, pero con exquisito gusto. Daba poco valor á los tejidos de gran precio, tales como el terciopelo y la seda, ni recargaba nunca sus trajes de adornos, contentándose con llevar alrededor del cuello una cadena de oro finamente trabajada, de la cual pendía un relicario

con la imagen de la Virgen y del Niño Jesús. En una mano llevaba una sortija con un grueso diamante, y en el birrete, que era de terciopelo, una medalla de oro con su lema.

» Gustaba mucho de rodearse de espléndida servidumbre, y tenía un maestro de ceremonias, dos mayordomos y gran número de pajes. Comía siempre en vajilla de oro y plata.

» Su voluntad era indomable, sobre todo en asuntos de guerra. Lo que decidía tenía que cumplirse, por más que opusiesen en contra sus capitanes y soldados las mejores razones, y por cara que resultase la empresa. Si se le quiere reprochar esto, no hay que olvidar tampoco que en cualquiera dificultad que se presentaba era el primero en poner manos á la obra, y que en la batalla siempre se ponía á la cabeza para atacar al enemigo. Si bien sus capitanes y soldados le ayudaban con su consejo y concurso, él era el que ordenaba la batalla, su temeridad la que servía de brillante ejemplo, y su ingenio y valor los que dirigían todas las empresas, sabiendo conservar después los beneficios alcanzados.

» Era extremadamente puntual en el cumplimiento de su deber; con frecuencia hacía él mismo la ronda, y acercábase al lecho de los soldados para ver si dormían armados y sin descalzarse, según les tenía ordenado. A los que hallaba sin armadura les llamaba *ovejas que no podían soportar el peso de su propia lana*. Fuera de esto, trataba siempre con gran cariño y amabilidad á sus soldados. Cuando hacía un juramento decía: *¡Sobre mi conciencia!* Cuando se irritaba hinchábasele las venas del cuello y de la frente, y á veces hasta arrojaba la capa lejos de sí, pero nunca salía de sus labios una palabra mal sonante, y por regla general era muy sufrido.

» Cuando alguno de nosotros nos precipitábamos hablando inconvenientemente, no contestaba nunca con violencia, contentándose con decir: *Callad; ó bien: Id con Dios y reflexionad sobre lo que habéis dicho á fin de que vuestro lenguaje no os traiga malas consecuencias y tenga que castigaros.*

» Era tan valiente, que nada del mundo le asustaba; en una palabra, era hombre de raras cualidades.»

También en cultura intelectual estaba Cortés por encima de todos los conquistadores que ganaron laureles y riquezas en el Nuevo Mundo. Así lo demuestran sobre todo sus cartas á Carlos V, que á causa de su sencillez y breves descripciones han sido comparadas no sin razón á las célebres cartas de César durante la guerra gálica, y que constituyen indudablemente valiosísimos documentos para la historia de las conquistas españolas. Por todas partes luce en estas cartas un espíritu perspicaz, activo é infatigable, de verdadero hombre de Estado, que sabía utilizar

cuanto se le ofrecía, mostrando su grandeza no sólo en la destrucción, sino en la reconstrucción de poderosos reinos.

Seguramente hay que colocar á Cortés, á causa de sus extraordinarias hazañas, entre los verdaderos grandes caudillos de la Historia; y si



Altar guatemalco-tolteca en Copán

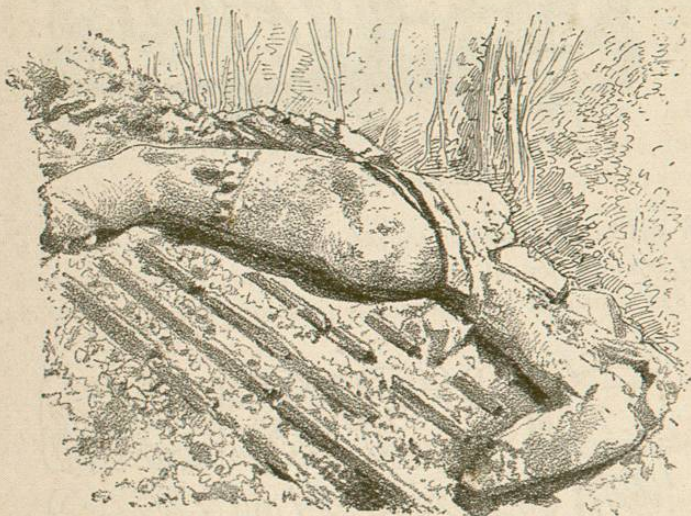
bien en sus últimos años se eclipsó el sol de su celebridad, no tuvo que soportar, como Colón, el ser olvidado en vida. Que su emperador supo honrar sus aptitudes y los servicios prestados por él á la Corona, lo de-



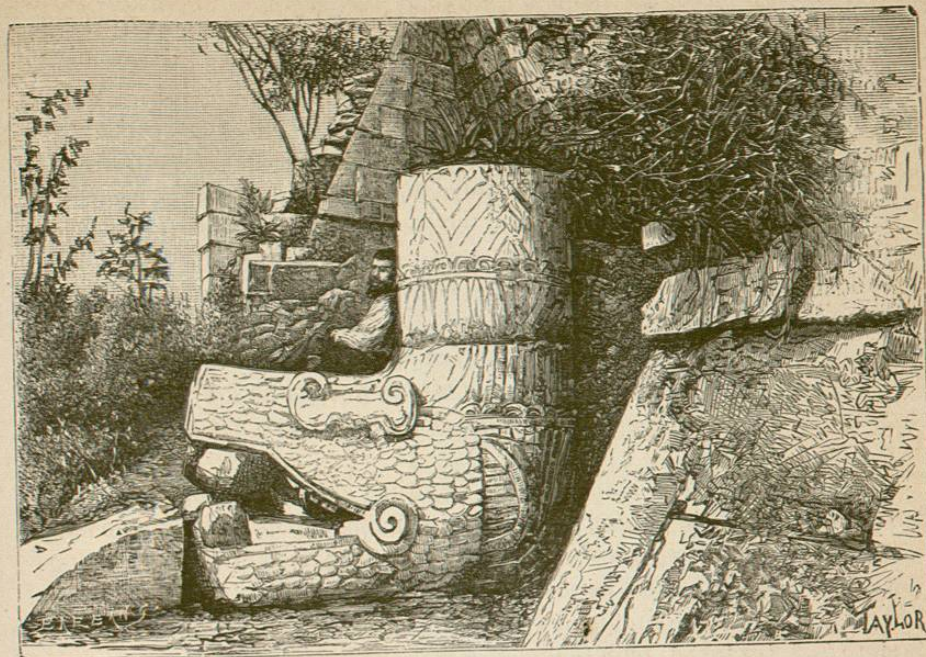
Inscripción del altar de Copán

muestra el escudo de armas cuyo uso le fué concedido el año de 1524, tan simbólico y característico que ni el mismo Cortés lo hubiera podido soñar mejor. Está reproducido por nosotros en el retrato de cuerpo entero del conquistador, que publicamos en la página 63, y es, como se ve, un escudo coronado dividido en cuatro cuarteles. En el superior de la derecha, sobre fondo oro, se ve la doble águila imperial en negro, mientras que en el de debajo hay un león del mismo color sobre fondo rojo, que simboliza el fiero valor de Cortés. El cuartel negro de la izquierda muestra en

la parte superior tres coronas de oro en señal de que Cortés había conquistado tres reinos: México, Honduras y Guatemala. Debajo de éste y en campo azul pálido se distinguen las torres circundadas de agua de la ciudad de Tenochtitlán. Llamam también la atención las cabezas de siete caciques sometidos, unidas entre sí por una cadena de hierro. Sobre todo esto se destaca la cabeza del Salvador crucificado, cuyas doctrinas con tanto celo había extendido y asegurado Cortés en el Nuevo Mundo.



Bajo relieve de la torre de Comalcacoc



Pórtico en Chichen Itza

CONQUISTA DE YUCATÁN

El drama conmovedor de la sumisión del poderoso reino azteca había concluído. Las escenas allí ocurridas y las brillantes perspectivas que se ofrecían habían reconcentrado sobre México el interés general y relegado al olvido todas las demás empresas durante bastantes años. Cozumel y Yucatán, aquellos países en los cuales había empezado verdaderamente la conquista de México, parecían olvidados por completo. Por fin el año de 1526 volvieron á acordarse de su existencia, siendo Francisco de Montejo, un noble de Sevilla, el que concibió el plan de reconocer más minuciosamente y reconquistar aquellas abandonadas tierras. Montejo no era en modo alguno novicio en el arte de la guerra, pues había tomado parte en la expedición de Grijalva y acompañado también á Cortés en su campaña de conquista, siendo uno de sus más excelentes capitanes. Muy bien considerado por el conquistador, fué enviado por éste dos veces á España como representante suyo, obteniendo el 8 de diciembre del año de 1526, en recompensa de sus servicios, el permiso para conquistar y colonizar las islas de Yucatán y Cozumel.